

Breve reseña histórica sobre los Marcapáginas

Tradicionalmente los libros de lujosa encuadernación siempre han presentado una cinta que, estando fija en su parte superior, permite marcar la página donde interrumpimos la lectura para retomarla más adelante con facilidad. Esta cinta, llamada "punto de lectura" ha desaparecido de las encuadernaciones más populares, en parte por el ahorro de costes que supone y en parte por la imposibilidad de fijar la cinta en todas las encuadernaciones tipo rústica. Todos, en cualquier caso, empleamos algún sistema para marcar la página donde interrumpimos la lectura, desde la desaconsejable esquina doblada hasta introducir la contracubierta del propio libro o una tira de papel arrancada de cualquier periódico.

¿Qué es un marcapáginas? Clásicamente, se trata de una tira de cartulina con un dibujo o grabado impreso, de modo que además de permitir señalar una página del libro le complementa y embellece. El grosor de la cartulina debe ser el adecuado, para que no se deteriore rápidamente si es demasiado fina, ni dificulte la curvatura natural de las páginas del libro mientras lo leemos si es demasiado gruesa. Para un libro determinado no es adecuado cualquier marcapáginas, sino únicamente aquellos cuyos grabados o dibujos los sentimos afines y próximos a la temática del libro.

Esta necesidad de un mecanismo para marcar una página en un libro data de hace varios siglos. Se tiene noticia de que en 1584, Christopher Barker, un impresor de la reina Isabel de Inglaterra, le regaló una biblia con un marcapáginas de seda con una colgadura que terminaba en una borla dorada en agradecimiento a la exclusiva que la reina le concedió en la impresión de Biblias. Después de eso, la Sociedad Británica de la Biblia regaló en 1632, integrados en las biblias, marcapáginas con cuerdas de seda, nudos de plata o teselación de seda.

El tipo más común de marcapáginas en los S. XVIII y XIX consistía en una cinta estrecha (de no más de 1cm de ancha) de seda que se ponía en el interior del libro de forma que su parte superior quedara atada al lomo y su parte inferior sobresalieran un poco del libro de forma que quedara así marcada la página. La mayoría de los libros editados en el S. XIX integraban este mecanismo para marcar las páginas. El sistema cayó en desuso en los primeros años del S. XX aunque aún hoy día se siguen editando libros con esta forma de marcar las páginas.

Los primeros marcapáginas desvinculados (no integrados) de los libros y por tanto coleccionables, comenzaron a aparecer a mediados del S. XIX. Una de las primeras referencias a estos marcapáginas la encontramos en 1852 en una obra de Mary Rusell Mitford: "...I had no marker and the richly bound volume closed as if instinctively...". Hay que notar la abreviación de "bookmarker" a "marker". Actualmente es usual denominarlo "bookmark". En esa época era usual combinar anuncios y marcapáginas, de forma que aparecieron numerosos modelos de un tamaño aproximado de 10.5 x 7 cm con anuncios de productos de todo tipo. Alrededor de 1860, comenzaron a manufacturarse en Coventry, centro de la industria de seda inglesa, numerosos modelos de marcapáginas que rápidamente adquirieron gran popularidad. Uno de los primeros fue producido por JJ Cash para conmemorar la muerte del príncipe consorte en 1861. En esa misma época, Thomas Stevens de Coventry pronto se convertiría en un fabricante asiduo teniendo en su poder más de 900 diseños de marcapáginas diferentes. Los marcapáginas producidos por Thomas Stevens son denominados "Stevengraphs". Aparecieron en 1862. Eran de seda entrelazada y fueron regalos muy apreciados en la época Victoriana. Stevens diseñaba uno para cada ocasión o celebración y en algunas ocasiones los personalizaba. Alrededor de 1880 la producción de marcapáginas de seda fue decayendo y comenzaron a aparecer en un número significativo hechos de papel rígido o cartón fino pintados o grabados. Este desarrollo

fue paralelo al de la disponibilidad universal de libros, de forma que cuantos mas libros se vendían más marcapáginas se fabricaban.

La historia de los marcapáginas puede dividirse de forma general en 5 periodos:

- 1850-1880: El periodo de la cinta

Los marcapáginas estaban normalmente hechos a mano a partir de trozos de seda bordada integrados en un cartón fino perforado. Entre 1860 y 1870 los marcapáginas de seda inundaron el mercado. Fueron realizados por numerosas firmas en la región central de Inglaterra entre las cuales destacó como la más importante la de Thomas Stevens de Coventry.

- 1880-1901: El periodo de los anuncios victorianos

A partir de 1880, los marcapáginas se fabricaban sobre papel rígido o cartulina fina. Normalmente tenían impresos anuncios (casi siempre toscos), de un simple producto, o a veces de varios, especialmente de jabón, prendas de vestir, comidas populares y medicinas.

- 1901-1914: Periodo previo a la I Guerra Mundial

En este periodo continuaron siendo populares los marcapáginas con anuncios de productos, con dos variantes: los diseños eran cada vez mejores y empezaban tímidamente a realizarse en otros materiales distintos al papel.

- 1914- 1945: El periodo entre guerras

En esta época proliferaron los marcapáginas con anuncios y propaganda de todo tipo, fundamentalmente instando a la población a esfuerzos en las guerras, ahorrar o a respetar los incipientes códigos de tráfico. Las bibliotecas públicas sirvieron de vehículo transmisor para diseminarlos. Ocasionalmente comenzaron a aparecer marcapáginas realizados en materiales sintéticos, así como en plata u otros metales diseñados para que tuvieran un carácter más permanente y pudieran transportarse sin temor a que se estropearan.

- 1945 Actualidad: El periodo de la publicidad y los regalos

Tras la II Guerra Mundial se produjo un auge de los marcapáginas como una forma de regalo, particularmente navideño en forma de pequeñas tarjetas de Navidad a veces especialmente personalizadas para el destinatario. A partir de los años 60, comenzaron a verse como una manifestación artística más y se empezaron a fabricar usando cualquier material: metal (incluyendo plata y oro), seda, madera, concha, cuero, cerámica, magnéticos, ganchillo, plástico...con distintos motivos y formas y considerados en muchos casos como pequeñas obras de arte uniendo funcionalidad y belleza estética.

La exposición consta de una selección de marcapáginas de distintos materiales y procedencias intentando que sirva de ejemplo de las enormes posibilidades de creación artística que tiene algo tan aparentemente simple como un marcador de páginas en un libro. Finalmente indicar que dado que el marcapáginas es un excelente complemento de cualquier libro, tanto por su utilidad como por su imagen, cada nuevo libro que se incorpore a nuestra biblioteca debería ser complementado con un marcapáginas del que ya nunca se debería separar, ni siquiera tras haberlo leído.

Joaquín Fdez-Valdivia